

fragmentario o inconcluso. El pájaro lucha y sufre, hasta que en un momento abre la boca y deja salir un llanto que, sin ser perfecto, contiene los secretos del afán, la dedicación y la memoria:

el pájaro se desampara en su  
vuelo/quiere olvidar las alas/  
subir de la nada al vacío donde  
será materia y se acuesta

como luz en el sol/es  
lo que no es todavía/igual al sueño  
del que viene y no sale/traza  
la curva del amor con muerte/va

de la conciencia al mundo/se encadena  
a los trabajos de su vez/retira  
el dolor del dolor/dibuja

su claro delirio  
con los ojos abiertos/canta  
incompletamente.

El pájaro desamparado no quiere volar. Se siente herido, y querría ascender al más absoluto vacío para allí, acostado, convertirse en luz del sol. Su ambición está en la horizontalidad, el reposo. Vive atrapado en sus propios deseos, en un destino que no se podrá cumplir. De este modo, es «lo que no es todavía», siendo ese «todavía» infinito: se refiere a la promesa y a la eterna víspera. Además, el pájaro está atrapado en un sueño. Desea olvidar sus alas, salirse de sí, pero viene de un mundo de anhelos que le atrapa sin remedio. El territorio de lo deseado es su única patria, por lo que jamás podrá vivir con plenitud en el cielo o la tierra.

Es, también, un pájaro solitario, en el que se reúnen el amor y la muerte. Pretende traspasar el último límite y luchar contra el dolor. Entonces, se alzan ante él las cadenas del mundo, y no puede más que caer en su último delirio, su último intento. Con los ojos muy abiertos, siempre a la espera de «ver» algo más que lo que ofrece la vista, canta.

De la nada ontológica del *no ser* [el pájaro de la poesía] asciende al vacío (espacio del que *lo que fue* ha sido expulsado) y lo ocupa con su materia de signos. El pájaro-poema crea así un cuerpo metafórico en el que alojar la conciencia (el saber de *lo que es*) y desde el cual proyectarla hacia el mundo.<sup>10</sup>

El pájaro, ignorante de su poder, recorre veloz los cielos. Convierte lo no sucedido en un eterno presente; se interna en una naturaleza aún no profanada, donde el olvido de los límites equivale a su casi desaparición, como la belleza se esconde a quien no sabe mirarla. *Mundar* nos ofrece esta visión en otro poema del pájaro, «El pato salvaje»:

En medio de su olvido ocurre  
la grandeza del mundo en la  
fuga del pato salvaje.  
Y cómo vuela la criatura, cómo  
escribe trecho a trecho fuego  
en la forma visible  
que apuesta contra él.  
Eso es volar y los espacios  
de lo triste que era, rocan  
un todo pequeñito.  
Ave pájaro que  
cruzás el cielo como una ilusión  
de lo que fue no sido  
bajo el sol que no hace preguntas.<sup>11</sup>

El pato –la imagen del pájaro no aparece aquí representada por el ruiseñor que canta ni el esbelto cisne– es una criatura de los orígenes, que pertenece a otro mundo pero atraviesa el nuestro como una estrella fugaz. Nos recuerda que la naturaleza es muda, no sabe nada de sí misma, y sin embargo florece. El rastro del vuelo del pato es escritura. Su larga migración es una fuga. Se acerca al

<sup>10</sup> María A. Semilla Durán: «Las señales del pájaro constante: *Incompletamente*, de Juan Gelman», p. 86.

<sup>11</sup> Juan Gelman: *Mundar*, p. 19.

sol, y «cruza el cielo como una ilusión de lo que fue no sido». La extraña forma verbal nos remite a ese territorio, fundamental en la poesía de Gelman, de lo que pudo haber ocurrido. El poeta afirma en una entrevista:

El único tema de la poesía es la poesía misma, y por eso ella puede hablar de cualquier tema, todo le atañe. (...) Esto también se puede aplicar a la realidad: *realidad, poesía eres tú*, entendiendo por realidad todo lo que quiso o pudo ser, y no es.<sup>12</sup>

Más que la imagen de lo irremediable, esa realidad es el punto de encuentro entre el pasado y el futuro –entendido como forma de la esperanza–, también la cima del deseo (pues en una vida fuertemente marcada por el dolor y la derrota, ¿qué mayor anhelo que cambiar el curso de la historia?), pero sobre todo el lugar por antonomasia de la palabra poética. El poema crea un espacio donde cobijar lo perdido: al igual que el ave, vive a medio camino entre la realidad y la ilusión, da cuerpo y materia a lo invisible. Y el sol, que calienta arriba, contempla la escena en silencio.

La personificación de animales o elementos de la naturaleza es un recurso constante en *Mundar*, como si la verdad poética se hallara siempre a medio camino entre lo civilizado y lo salvaje, lo instintivo y lo racional, la espontaneidad y el cálculo. Los animales representan un tipo de sabiduría oscura, inquietante, pero a la vez profunda: son la voz del corazón. Y es necesario captar el momento en que su aliento todavía habita las palabras. El acto poético es misterioso, necesita de una cuidada confluencia de sentidos, tal como se expresa en «Amistades», la historia de un pequeño fracaso:

El poema que estaba en la cabeza  
del corazón se fue. Esto habla  
de la certidumbre de la incertidumbre  
que nadie puede medir.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Lucas Kinitto: «Poesía es una realidad que puede golpear o acariciar: entrevista a Juan Gelman», en *Servicio informativo iberoamericano*, 37, Quito, marzo de 2001.

<sup>13</sup> Juan Gelman: *Mundar*, p. 20.

Y si hay algo sorprendente e inconmensurable en *Mundar*, junto al corazón del poeta, es sin duda la naturaleza, ese mundo que se recorre y se observa sin llegar a desentrañar el misterio de su existencia. El sol es un elemento fundamental, pues contiene a la vez la fuerza de la vida y las brasas de la quema. En el poema «Vienen cómo» puede leerse: «El sol tiene un animal que no calma.»<sup>14</sup> Y comparte esa cualidad del «ser poseído» con el poeta, tal como ha expresado Gelman en «El animal», uno de sus textos más célebres:

Cohabito con un oscuro animal.  
Lo que hago de día, de noche me lo come.  
Lo que hago de noche, de día me lo come.  
Lo único que no me come es la memoria. Se encarniza en  
palpar hasta el más chico de mis errores y mis miedos.  
No lo dejo dormir.  
Soy su oscuro animal.<sup>15</sup>

El sol, emblema del día y luz de la tierra, se convierte así en un cuerpo vivo, en el que anida una extraña presencia. Podríamos relacionar esta personificación con la existencia, en la mayor parte de las culturas antiguas, de una divinidad solar, dotada de poderosos atributos. Sin embargo, el sol que invoca Gelman en sus poemas es un astro dolorido y fragmentado, en cuya ayuda es necesario acudir. De ahí la exhortación:

Hay que hacer un paquete con sol,  
con los miembros del sol.<sup>16</sup>

Rescatar al sol del olvido, no permitir que se pierdan del todo su poder ni su magia: que no se ignore el milagro de la luz. Su correlato es, una vez más, el alma del poeta:

El doble sol, el de adentro y el  
de afuera, queman. Flota

---

<sup>14</sup> Juan Gelman: *Mundar*, p. 38.

<sup>15</sup> Juan Gelman: *Salarios del impío y otros poemas*, Madrid, Visor, 1998, p. 15.

<sup>16</sup> Juan Gelman: «Tango» *Mundar*, p. 70.

un hilito perdido entre los dos.  
En las noches de primavera suaves  
la luna vegetal vigila.  
¿Y eso qué  
tiene que ver con la mano que lleva  
rosas en su rincón? ¿Para el tiempo  
en ese gesto dulce? ¿Se detiene  
y no mueren las rosas  
en el rincón de la mano? (...) <sup>17</sup>

Un hilo une al hombre con la naturaleza, pero es débil, y está perdido. Nadie lo ve. La comunicación que establecieron los primeros hombres con su jardín parece haberse roto como consecuencia de la caída. ¿Pero realmente es así? ¿La naturaleza se ha quedado definitivamente muda, el mundo es apenas sensitivo? ¿O hay fugaces momentos en que se atisba la comunión perdida: un remanso de paraíso? ¿Es entonces, y sólo entonces, cuando las palabras *mundan*: hablan de la naturaleza y le dan voz?

Jorge Luis Borges, en un texto titulado «La rosa de Paracelso», hace una nueva interpretación del mito de la expulsión del Paraíso. Paracelso, el protagonista, pide a Dios que le mande un discípulo a quien mostrar sus enseñanzas, y el deseo le es concedido. El muchacho llega atraído por la fama de sus poderes sobrenaturales, y le dice que le muestre un prodigio: el de quemar una rosa y hacerla renacer de sus cenizas. Paracelso le exige una fe ciega, pero el discípulo insiste en contemplar la magia. Entonces el maestro le responde que es demasiado crédulo por pensar que algo puede ser completamente aniquilado:

- (...) ¿Crees, por ventura, que algo puede ser devuelto a la nada? ¿Crees que el primer Adán del Paraíso pudo haber destruido una sola flor o una brizna de hierba?
- No estamos en el Paraíso –dijo tercamente el muchacho–; aquí, bajo la luna, todo es mortal.  
Paracelso se había puesto en pie.

---

<sup>17</sup> Juan Gelman: «Doble» en *Mundar*, p. 122.